

rique III, reñido con todos sus aliados, tuvo que pactar, en agosto de 1223, una nueva suspensión de armas, valedera durante cinco años.

A la fecha de renovarse la tregua con Inglaterra Luis IX era ya mayor de edad. La guarda de la reina había concluído. Había terminado de derecho, pero de hecho Blanca de Castilla no había cesado de ser omnipotente en la corte; ninguna transferencia de poderes se había realizado, ni aun siquiera por forma. Nada había cambiado en Francia cuando el rey entró, en 25 de abril de 1234, en los veintidós años; ninguna nueva fórmula de cancillería indicó la inauguración de un nuevo régimen. Sin embargo, se conviene generalmente en detener hacia esa época la historia de la minoridad de un príncipe que por piedad filial quiso quedar con respecto a su madre en un estado de minoría perpetua. Es, en efecto, una parada desde la cual se abraza con comodidad la obra cumplida por la «regente (1).»

Luis IX, mayor de edad, se encontró dueño de un reino relativamente tranquilo. De los grandes vasallos tan amenazadores ocho años antes, unos habían sido reducidos por las armas, como Pedro Mauclerc y Raimundo VII; otros, como Felipe Hurepel, habían muerto y la corona reglamentaba la sucesión de los mismos. El dominio real se había acrecentado con las senescalías de Beaucaire y de Carcasona, quitadas al conde de Tolosa, y con el dominio directo de los cuatro feudos, comprado al conde de Champaña. La nobleza parecía dispuesta a buscar en la cruzada de ultramar el consuelo de sus contratiempos y el empleo de su turbulencia: Mauclerc, Thibaut, Enrique de Bar, Hugo de Borgoña, Juan de Chalón, Guido de Nevers eran cruzados. El rey de Inglaterra se retiraba después de dos campañas desgraciadas. En fin, el casamiento del rey con Margarita, hija del conde de Provenza, vasallo del imperio, había extendido la influencia de la dinastía en el valle del Ródano.

Estos resultados hacen honor al gobierno de Blanca de Castilla. Pero todavía se tienen otras pruebas de la bienhechora firmeza de su gobierno. Su piedad excepcional no impidió a la reina Blanca que se condujera con respecto al clero como lo habían hecho sus predecesores. Castigó a varios prelados: dos arzobispos de Ruán, Tebaldo y Mauricio, y el obispo de Beauvais, Miles de Nanteuil. El caso de Beauvais es célebre. Miles de Nanteuil, hombre de espada, que había guarecido durante tres años en favor del papa en el ducado de Espoleto, fué acusado de no haber castigado con bastante rigor una insurrección de la plebe contra la aristocracia burguesa de su ciudad episcopal. Contra la voluntad del mismo, el rey entró en Beauvais para hacer justicia y cogió al obispo. El entredicho, que fué pronunciado por el obispo y después por el arzobispo de Reims (Enrique de Dreux, cómplice impune de los coligados de 1230), no conmovió a nadie. Una tentativa de intervención por parte del legado fué rechazada por la corte del rey. El conflicto no se terminó más que

(1) Blanca de Castilla no llevó jamás el título de «regente.» Este título no se usaba en el siglo XIII para designar a las personas investidas de la autoridad real durante la ausencia o la minoridad del rey. El primer «regente» fué Felipe el Largo, después de la muerte de Luis X, en 1316.

por la sumisión del segundo sucesor de Miles en la silla de Beauvais. Las *Crónicas de Saint-Denis* han popularizado otro incidente del mismo género, muy característico también, que ocurrió durante la segunda «regencia» de Blanca, es decir, durante la estancia de Luis IX en Palestina. El cabildo de la Iglesia de París había hecho arrestar en masa a sus siervos y a sus villanos de Orli, de Chatenai y de las aldeas vecinas, porque se negaban a pagar un tributo; los detenidos se quejaron al rey; los canónigos los castigaron amontonándolos en calabozos, en los cuales varios hombres, mujeres y niños «murieron de calor.» Entonces la reina Blanca, acompañada de fuerza armada, se dirigió a la cárcel del cabildo, y con un bastón que tenía en la mano dió el primer golpe en la puerta, que fué en seguida derribada por su gente. Las temporalidades de los canónigos fueron embargadas. En aquel tiempo el embargo de las temporalidades era, como ya se sabe, el gran argumento de las autoridades laicas en sus conflictos continuos con los clérigos.

CAPITULO II

LUIS IX Y SUS FAMILIARES (1)

- I. Luis IX.—II. Dichos y máximas de Luis IX.
III. Los familiares de Luis IX

I.—Luis IX

De la juventud de Luis IX, vigilada por Blanca de Castilla, únicamente se sabe lo que el rey se complacía en contar más tarde a sus familiares. Su madre le había dicho muchas veces que antes querría que muriese que verle cometer un pecado mortal; esta palabra le impresionó vivamente. Recordaba también con gusto que, cuando iba a jugar al bosque ó junto al río, iba siempre

(1) Cuando el papa Bonifacio VIII resumió en 6 de agosto de 1297 el largo proceso de la canonización de Luis IX, empezado en 1273, declaró que la última información había necesitado para ella sola más escritos de los que un asno puede llevar. Todos los que habían conocido a Luis IX fueron invitados a contar sus recuerdos, los dichos que había manifestado en su presencia. Los rollos de estos informes de canonización parecen haber desaparecido de los archivos de la Santa Sede; sólo se conservan pequeños fragmentos (publicados por H. Fr. Delaborde en las *Memorias de la Sociedad de la historia de París y de la Isla de Francia*, XXIII, 1896); pero tenemos las declaraciones ampliadas, bajo forma de Memorias, de tres de los principales testigos: Godofredo de Beaulieu, confesor del rey; Guillermo de Chartres, su capellán; Juan de Joinville, su amigo. Además fray Guillermo de Saint-Pathus, confesor de la reina Margarita durante diez y ocho años, que tuvo en sus manos los rollos de los jueces inquisidores, ordenó metódicamente (entre diciembre de 1302 y octubre de 1303) los extractos que de ellos había hecho en su libro en latín, cuya traducción francesa se ha conservado bajo este título: *Vie monseigneur Saint-Louis* (edición Delaborde, 1899). No es probable que el confesor pasara a su compilación, como se ha dicho, «toda la substancia» de los documentos que sirvieron para la canonización del santo; pero es cierto que recogió los principales. Son testimonios directos de una precisión, de un colorido y de una frescura extraordinarios. Hay que añadir a los mismos el eco de la tradición popular, que nos ha sido transmitido por las historietas tomadas de la biografía verdadera ó legendaria del héroe, con las cuales los predicadores del tiempo de Felipe III y de Felipe IV gustaban de adornar sus sermones.

Los historiadores de la Edad media no disponen á menudo de

acompañado de su maestro, que le enseñaba las letras y que le golpeaba de vez en cuando. Fué educado «noblemente,» según convenía a un príncipe, pero muy piadosamente, a la española: todos los días oía misa y asistía a vísperas y a las horas canónicas. Era un muchacho muy juicioso, muy tranquilo; evitaba los juegos inconvenientes y las niñerías; no tuteaba a nadie; no cantaba «las canciones del mundo,» y a uno de sus escuderos que las cantaba le hizo aprender, en lugar de ellas, antifonas de Nuestra Señora y el *Ave, maris Stella*, «aunque esto fuera muy difícil.» Desde muy temprana edad fué caritativo. Cuando todavía era muy joven, refiere Esteban de Borbón, de acuerdo con la tradición popular, que una mañana un gran número de pobres estaban reunidos en el patio de su palacio aguardando la limosna. Aprovechándose de la hora en que todos dormían, salió de su cuarto, acompañado solamente de un servidor cargado con una fuerte suma de dinero, y lo distribuyó entre los pobres. Volvía a entrar, cuando un religioso que le había visto desde una ventana le dijo: «Señor rey, he visto vuestras fechorías.—Querido hermano, respondió Luis, los pobres son mis asalariados; son ellos los que atraen para mi reino la bendición de la paz; no les he pagado toda mi deuda.»

Los retratos antiguos de Luis IX son bastante numerosos, pero inciertos, contradictorios (1). Se sabe, sin embargo, que la reina Isabel, su abuela, le había transmitido la renombrada belleza de los príncipes de la casa de Hainaut, que se perpetuó por Felipe el Atrevido y Felipe el Hermoso en la línea floreciente de los últimos Capetos directos. «El rey, dice el franciscano Salimbene, que lo vió en 1248, era alto y delgado, *subtilis et gracilis, convenienter et longus*, con un aspecto angélico y una cara llena de gracia.» «Jamás, dice Joinville en su relación de la batalla de Mansourah, vi un hombre tan hermoso armado, porque sobrepujaba a sus caballeros de toda la cabeza, que llevaba cubierta con un yelmo dorado, y con una espada de Alemania en la mano...» Hay que representárselo joven, con abundante cabellera rubia; más adelante, y temprano todavía, calvo y un poco encorvado. Su cuerpo, que sometía a excesivas maceraciones, tenía más elegancia que vigor. Todos aquellos que lo vieron están conformes en decir que tenía el aspecto franco, afable y reflexivo. Tenía «ojos de paloma.» Su traje era sencillo. Los monjes, sus apologetas, exageran cuando dicen que desde los veinte años renunció enteramente a los magníficos vestidos que la reina Blanca le hacía llevar, por razón de su rango, desde la infancia. Pero después de su regreso de la cruzada de 1248, se observó en su manera de vestir, como en toda la conducta de su vida, una reforma notable: renunció a las pieles preciosas, al vero, al gris; sus túnicas estuvieron en adelante forradas de piel de cordero, de conejo y de ardilla; ya no más colores resplan-

fuentes tan adundantes y de tan buena calidad. Luis IX es quizá el solo personaje de la Edad media del cual es posible formarse un concepto tan preciso como de Enrique IV ó de Luis XIV. Por esto eruditos y escritores, tales como MM. Vitet, Vallón, Lecoy, etc., han tratado de esbozar la fisonomía del rey santo. Los «retratos» modernos de Luis IX son innumerables. El último, por orden de fechas, es el M. Sepet: *Saint-Louis*, 1898. Consúltese «Revue de París,» 1.º de septiembre de 1897.

(1) A. Longnón, *Documents parisiens sur l'iconographie de Saint-Louis*, 1882.

decientes: llevó en invierno vestidos de lana oscura y en verano seda parda ó negra. Los arneses de su caballo eran blancos, sin pinturas; sus espuelas y sus estribos eran de hierro sin dorar. Nos lo representaremos siempre tal como lo vió Joinville un día de verano en su jardín de París, «vestido con una cota de camelote, una sobrecota de tiritaña sin mangas, un manto de cendal negro alrededor del cuello, muy bien peinado y sin redecilla, y cubierta la cabeza con un sombrero de plumas de pavo real blanco (2).» Traje casi eclesiástico, que contribuyó sin duda, tanto como la reputación de santidad del personaje, a inspirar a un mensajero del conde de Güeldre la malévolas descripción que refiere Tomás de Cantimpré: «Este miserable devoto, ese rey mojigato, con el cuello torcido y el capuchón sobre la espalda...»

El enviado de Güeldre no es el único que haya dirigido contra Luis IX, en vida del mismo, la acusación de «mojigatería.» Entre sus súbditos (en general poco devotos), muchos, señores y gente del pueblo, sonreían ó se indignaban de la extraordinaria piedad del rey (3). Le llamaban «fray Luis,» *frater Ludovicus*. Se conoce la historia de esa mujer llamada Sareta de Failloel, que acechó un día al rey en el momento en que bajaba de sus habitaciones y le interpeló en estos términos: «¡Quita allá! ¿Tú deberías ser rey de Francia? Más valdría que otro fuese rey, porque tú no eres rey más que de los frailes menores, de los frailes predicadores, de los sacerdotes y de los clérigos; es lástima que tú seas rey de Francia; es gran maravilla que no te echen fuera...» ¿Esos sarcasmos populares y la censura más discreta de las personas bien educadas eran, por ventura, legítimos? ¿Es verdad que San Luis estaba hecho, como se dijo en su tiempo y se ha dicho en nuestros días, más para el claustro que para el mundo?

Es cierto que los clérigos, biógrafos de San Luis ó testigos oídos en el proceso de su canonización, cuentan rasgos singulares de la devoción de este príncipe. Los biógrafos, Godofredo de Beaulieu, Guillermo de Chartres, dan la suma de las horas que Luis pasaba cotidianamente en sus oraciones. A media noche se vestía para asistir a los maitines en su capilla; se volvía a acostar medio vestido, y por temor de prolongar demasiado su sueño, indicaba a sus servidores una cierta longitud de bujía de cera y les daba la orden de despertarle cuando dicho trozo se hubiera consumido, para asistir a la prima de las horas canónicas. Después de la prima, cada mañana oía por lo menos dos misas: una misa rezada, para los difuntos, y la misa del día, cantada; después, durante el resto del día, los oficios de tercia, de

(2) Alguien, después de la muerte del santo, le vió en sueños «en el mismo traje en que le había visto varias veces, es decir, con capa de mangas y bonete en la cabeza...» Se conservaba en Chaalis «un mantel de camelote castaño,» que se decía haberle pertenecido; una mujer, viuda de un escudero del santo, poseía «*son chapiaux de penes de paon*.»

(3) Hasta parece que algunos clérigos seculares estaban extrañados de su modestia, juzgándola excesiva: «Cometen pecado mortal, decía un predicador, esos frailes predicadores que aconsejan tanta humildad al rey.» Tomás de Cantimpré defiende a sus cofrades haciendo observar que Luis IX no se condujo, con respecto al particular, de una manera muy distinta que sus antepasados: «El muy glorioso rey Felipe, su abuelo, no se vestía más que de camelote en tiempo ordinario, y al rey Luis VIII, su padre, no le he visto nunca llevar la púrpura.»

sexta y de nona, vísperas y completas. Por la noche, después de cincuenta genuflexiones y otras tantas *Ave-marias*, se acostaba «sin beber» á pesar de que entonces era costumbre beber un trago (*le vin de couchier*) antes de meterse en la cama. No interrumpía, ni aun estando en viaje, la regularidad de esas prácticas. «Cuando cabalgaba, sus capellanes, que iban á su alrededor también á caballo, cantaban la tercia, la sexta y la nona, y él mismo las decía en voz baja con uno de ellos, como en su capilla.» Además se absorbía con frecuencia, de rodillas sobre el pavimento de las iglesias, sin almohadones, con los codos apoyados sobre un banco, en meditaciones tan largas, tan largas, que sus servidores, que le esperaban á la puerta, se impacientaban. Entonces pedía á Dios con tanto fervor el «don de las lágrimas» que algunas veces se levantaba completamente aturdido, con la vista oscurecida, diciendo: «¿Dónde estoy?» En las fiestas solemnes hacía celebrar el servicio con tanta ceremonia y lentitud, que, como lo declara ingenuamente el confesor de la reina Margarita, aburría á todo el mundo.

En las biografías escritas por los clérigos no es menos edificante el capítulo de las abstinencias y mortificaciones que el de las plegarias. Luis IX se privaba, por espíritu de penitencia, de las cosas que más le gustaban: las primicias, los grandes pescados, especialmente los lucios. Detestaba la cerveza, cosa que se comprendía perfectamente por la mueca que hacía al beberla; sin embargo, y precisamente por esta razón («para refrenar su deseo del vino»), la bebía durante toda la cuaresma. Por lo demás, pocas personas ponían en el vino tanta agua como él; y echaba agua hasta en las salsas, cuando eran buenas, á fin de quitarles el sabor. Por supuesto que ayunaba con frecuencia y severamente. Poco tiempo antes de su muerte, un sábado, se negó á tomar unas yemas mejidas, recomendadas por los médicos, porque su confesor no estaba allí para darle la licencia de tomarlas. Los viernes no reía nunca, ó bien, si empezaba sin pensarlo á regocijarse, se detenía bruscamente para reflexionar; en tal día no se ponía el sombrero en recuerdo de la corona de espinas, y prohibía á sus hijos que se adornasen la cabeza con guirnaldas de rosas, según la moda de aquel tiempo. Los apologistas no temen abordar materias delicadas; dormía solo (sobre una cama de madera con un solo colchón de algodón) durante el adviento y la cuaresma, ciertos días de la semana, los días feriados y las vigilias y los días en que comulgaba; «cuando había estado con la reina, no dejaba de levantarse á media noche para ir á maitines; pero aquel día no se atrevía, por respeto, á besar las urnas y las reliquias de los santos.» Él, que, al decir de Godofredo de Beaulieu, no cometió ningún pecado mortal, se confesaba todos los viernes y se hacía administrar las disciplinas por sus confesores, con cinco cadenas de hierro: se le oía declarar, sonriendo, que algunos de esos eclesiásticos no tenían la mano muy floja. En vano el hermano Godofredo se esforzaba en representarle que el uso del cilicio no convenía á su estado; él llevaba uno y regalaba estos instrumentos de penitencia á sus amigos, á sus parientes y á su hija, reina de Navarra.

¿Qué decir de su caridad? «Su liberalidad para con los desgraciados, declara un contemporáneo, era desmedida.» Todos los días, en todas partes donde el rey

se encontraba, más de cien pobres recibían la pitanza. Sus limosnas, abundantes y continuas, le resultaban caras, porque se extendían á veces á regiones enteras y tomaban á menudo la forma de fundaciones permanentes. «Un año en que el hambre desolaba la Normandía, se vió los toneles guarnecidos de aros que algunas carretas llevaban ordinariamente á París, llenos de dinero recaudado por el Tesoro, hacer el viaje en sentido contrario.» Célebres son las fundaciones hospitalarias de Luis IX en París y sus alrededores: las Hijas de Dios para las prostituídas; los Trescientos (*Quinze-Vingts*) para los ciegos; y los hospitales de Pontoise, de Vernón, de Compiègne, etc., para los enfermos. «Así como el escritor que hace su libro, dice Joinville, lo ilumina con oro y azul-cobalto, el rey iluminó su reinado... con el gran número de hospitales... que hizo construir.» Pero, si hemos de creer á algunos de sus clérigos familiares, este hombre naturalmente caritativo no se contentaba con hacer el bien: con un espíritu ascético de humildad, y como ávido de mortificaciones, prefería entre las buenas obras las más repugnantes, no porque fueran las más útiles, sino porque eran repugnantes. Así es que cuando invitaba á los mendigos á su mesa real (lo cual ocurría muy á menudo), hacía sentar á su lado á los más sucios; él les servía y cortaba sus manjares y su pan. No es eso todo: comía lo que ellos dejaban, en los mismos platos que habían tenido con sus manos inmundas, *cum manibus ulcerosis et immundis*. Todavía más: lavaba sus pies «roñosos y horribles», y después de haberlos secado los besaba. Los hagiógrafos, llenos de compunción, refieren acerca de este punto detalles que revuelven el estómago. Más brutales y más repugnantes todavía son sus historias de leprosos. Luis IX asistía con sus propias manos á los leprosos, objeto de espanto, cada vez que encontraba alguno. «Ahora bien; había en la abadía de Royaumont un fraile llamado Léger, á quien se había aislado de los demás porque estaba hasta tal punto devorado por la lepra, que con la nariz consumida, los ojos perdidos, los labios hendidos y destilando pus, era abominable; este hermano Léger llegó á ser el favorito del rey, quien rogaba al abad que fuera á visitarle en su compañía, lo cual á dicho abad le causaba bastante horror, según él mismo lo declaró más tarde, y se arrojaba delante de él y le hacía comer.» Entraba asimismo en los hospitales, á pesar de la «corrupción del aire» y del olor infecto que molestaban á las personas de su séquito, y en ellos se entregaba de vez en cuando á las más repugnantes tareas. En Palestina ayudó á sepultar los restos putrefactos de los cristianos de Sidón.

Cuando se ha leído consecutivamente todo lo que se ha contado de las buenas obras, de las abstinencias y de las prácticas religiosas de Luis IX, aun admitiendo que los testigos del proceso de canonización embellezcan la verdad (y seguramente la embellecen sin quererlo, presentando ciertos actos excepcionales, realizados algunas veces por el santo, como actos habituales), se explican bastante bien las invectivas de Sarete. Se diría que San Luis se parece á San Labro; y en efecto, como una especie de San Labro ha sido alguna vez propuesto á la admiración de la posteridad. Pues bien: esta impresión es falsa; algunos documentos la sugieren; otros documentos la disipan.

Por de pronto, Luis IX comprendía perfectamente que el exceso de sus devociones y ciertas formas de su caridad tenían que desagradar á su pueblo. Sarete no le dijo nada que él no supiera. Por consiguiente, como estaba atento á su oficio de rey, no se entregaba sin reserva á sus ejercicios de humildad. Un día que manifestó al abad de Royaumont el deseo de lavar los pies á los monjes, este prelado, que era hombre prudente, lo disuadió de su propósito. «La gente, le dijo, hablaría de esto.—¿Y qué dirían?» preguntó el rey. Pero bien sabía él lo que dirían y se abstuvo de hacerlo. Durante sus frecuentes estancias en la abadía de Royaumont visitaba á menudo la enfermería, y allí miraba, con sus médicos, los orines de los enfermos; pero «cuando hacía estas cosas quería que pocas personas estuviesen, y sí solamente aquellos que eran sus familiares.» Los pobres á quienes besaba los pies todos los sábados eran ciegos; los hacía reclutar con gran cuidado y «llevarlos muy privadamente á su guardarropa;» y «se creía que escogía de preferencia á los ciegos para que no le reconociesen y no revelasen el hecho al exterior (1).» Luis IX se esforzaba, pues, en ocultar, por pudor y por no rebajar la dignidad real, aquellas de sus buenas obras que juzgaba, no sin razón, chocantes para el público. Sus súbditos no sospecharon ciertamente la mayor parte de sus maceraciones, que sólo han sido reveladas, después de su muerte, por sus confidentes más íntimos.

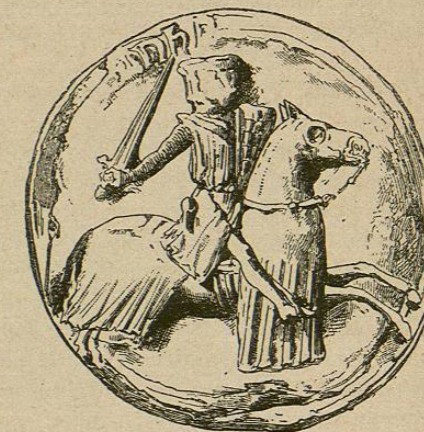
Sin embargo, no tenía ningún respeto humano. «Hay nobles, decía al señor de Joinville, que se avergüenzan de obrar bien, como de ir á la iglesia y oír el servicio divino: temen que se diga de ellos que son unos mojigatos (2).» Por su parte tomaba alegremente que se criticara su conducta. Cuando los grandes murmuraban de verle pasar tanto tiempo en los oficios, decía que si perdiera doble tiempo jugando á los dados ó cazando por el bosque, nadie se quejaría. A los que le reprochaban de gastar demasiado en liberalidades para los pobres, les respondía: «Callaos: Dios me ha dado todo lo que tengo; lo que gasto así es lo más bien gastado;» ó bien: «Prefiero que el exceso de los grandes gastos que yo hago se invierta en limosnas por el amor de Dios, que en lujo ó en vana gloria de este mundo.» Cierta príncipe, cuenta Roberto de Sorbón, vestía sencillamente y esto disgustaba á su mujer: «Señora, le dijo él, si os place que yo me vista con telas preciosas, consiento en ello; pero puesto que la ley conyugal quiere que el esposo procure agradar á la esposa y recíprocamente, vais á hacerme el favor de quitaros vuestros atavíos; vos os conformaréis á mi moda y yo á la vuestra.» Cuando promulgó su ordenanza contra los blasfe-

(1) Luis IX, muy preocupado de esta práctica, hablaba de ella con Joinville: «Me preguntó si yo lavaba los pies á los pobres el día de Jueves Santo. «Señor, le dije, los pies de esos villanos no los lavaré yo.» Y él dijo que yo no debía pensar así... porque el rey de Inglaterra (Enrique III) lava los pies á los leprosos y los besa.»

(2) El cardenal Eudo de Châteauroux habla también en un sermón de gentes que se ocultan para cumplir sus deberes religiosos por miedo de que se les trate de hipócritas (B. Hauréau, *Notices et extraits de quelques manuscrits latins*, VI, página 214). El cardenal Jaime de Vitri acusa, por su parte, á los señores de aquel tiempo de ser fanfarrones de piedad, que se ocupan en hacer el vacío alrededor de los predicadores, burlándose de aquellos que van á oírlos (*Journal des Savants*, 1888, pág. 415).

mos hubo protestas; pero él declaró que estaba más contento de las maldiciones que dicha ordenanza le valía, que de las bendiciones que le atraían al mismo tiempo ciertos trabajos de utilidad pública. A Sarete le respondió sin incomodarse: «Decís verdad, seguramente; yo no soy digno de ser rey, y si así hubiese agradado á Nuestro Señor, hubiera habido en mi lugar otro que hubiera sabido gobernar mejor el reino.»

Prudencia sin vergüenza fingida, buen humor, ironía sonriente, he aquí ya algunos rasgos que no son del místico exaltado que la piadosa necedad de sus familiares vió exclusivamente en Luis IX. De hecho la santidad de este hombre excelente no tenía nada de monástica, y aunque la posteridad se haya engañado á menudo acerca de esto, jamás santo alguno ha sido



Sello del señor de Joinville

menos mojigato, más laico que éste. Escuchad sus conversaciones con el senescal de Champaña. Este rey, que no gustaba de hermosos trajes para su uso personal, no los prohibía á los demás. «Debéis, decía á su hijo y á su yerno el rey Thibaut, vestir bien y limpiamente, porque vuestras mujeres os querrán más y porque vuestras gentes os alabarán más. Porque, como dice el sabio, debe uno adornarse con vestidos y con armas de tal manera, que los hombres discretos de este siglo no digan que el adorno es excesivo, ni los jóvenes digan que es escaso.» Este rey tan generoso con los pobres y las iglesias encontraba que Thibaut, su yerno, que tenía deudas, gastaba demasiado en el convento de dominicos que hacía construir en Provins; no quería «que se hicieran limosnas con dinero de otro.» Este rey, tan apasionado por los ejercicios de piedad, prefería á veces la charla á las lecturas edificantes. «Cuando estábamos en familia, refiere Joinville, se sentaba al pie de su cama, y cuando los hermanos predicadores y los cordeiros que se encontraban allí le recordaban los libros cuya lectura él escuchaba con gusto, decía: «No me los leáis, porque no hay tan buen libro, después de comer, como el *quolibet*, es decir, que cada uno diga lo que quiera.» Este rey, de costumbres sencillas, velaba por la dignidad de su corte. «A pesar de los grandes gastos que el rey hacía en limosnas, no dejaba también cada día de hacer grandes gastos en su hotel. Se portaba amplia y liberalmente en los parlamentos y en las asambleas de los barones y de los caballeros, y hacía servir graciosamente á su corte y con mayor abundancia de la que había habido hacía tiempo en la corte de sus

antepasados.» Joinville, conocedor de estas materias, no es el solo en atestiguarlo; Godofredo de Beaulieu afirma también que el tren de casa de Luis IX era más brillante que el de los antiguos reyes. En fin, ese pretendido mojigato se burlaba delicadamente de los devotos, y para molestar á Roberto de Sorbón aparentaba, cuando estaba de buen humor, preferir la virtud de los caballeros (de los gentileshombres), la discreción, á la virtud de los clérigos: «Senescal, decía á Joinville, decíme las razones por las cuales un hombre discreto vale más que un beato.» Entonces Roberto y Joinville disputaban, y cuando la disputa había durado bastante, el rey daba su sentencia en estos términos: «Maestro Roberto, yo bien quisiera tener la fama de discreto, pero serlo realmente, y os cedería lo demás; porque la discreción es tan gran cosa y tan buena, que hasta nombrándola llena toda la boca.»

II.—Dichos y máximas de Luis IX

Las obras de caridad y de penitencia de Luis IX no bastarían á distinguirlo de una multitud de otros príncipes de la Edad media que fueron cristianos ejemplares; ni aun de su contemporáneo el rey Enrique III de Inglaterra, que servía también á los leprosos, que frecuentaba las iglesias aún más asiduamente que su cuñado de Francia (1), y que, sin embargo, era un necio. Lo que pone á Luis IX por encima de los demás es que tenía una naturaleza recta, fina y pura, de moralista y de hombre de bien.

Para conocer verdaderamente al «rey santo» no sirve de nada oírle hablar. Hablaba bien, con facilidad, con ingenio. Joinville y los testigos del informe para la canonización han conservado felizmente un gran número de sus dichos. ¿Por qué no se ha tenido nunca la idea de coleccionarlos y reunirlos á las «Enseñanzas» que el santo dictó hacia el fin de su vida para su hijo Felipe y para su hija Isabel (2)? Estos dichos de San Luis, comparados á los «Pensamientos» de Marco Aurelio, ilustrarían las diferencias que separan á estos dos grandes hombres de bien, puestos tan á menudo en parangón. Serían el retrato de Luis IX, pintado por él mismo, con sus sencillas virtudes, de ningún modo sobrehumanas, y también con sus defectos, sus debilidades, sus errores.

(1) Se cuenta que Enrique III, durante una de sus estancias en París, en 1259, faltó tres veces consecutivas á la hora de la sesión del Parlamento á que había sido convocado, porque se detenía para oír la misa en todas las iglesias que encontraba en el camino desde su hotel al palacio de la Cité; no hubo más remedio que rogar á los curas, el cuarto día, que no celebraran la misa hasta después que hubiese pasado el rey de Inglaterra y que le dieran con la puerta en las narices. «Querido primo, le habría dicho Luis, ¿para qué tantas misas? - Y vos, habría contestado Enrique, decíme, ¿para qué tantos sermones?»

Luis IX tenía en singular estima las virtudes de Enrique III, y prohibía que en su presencia se bromeara acerca de este devotísimo personaje, su adversario. Un cierto Hue de Northampton, curtidor, establecido en Saint-Denis, en Francia, hacía treinta años, se burlaba en tiempo de Felipe III de aquellos que rezaban ante la tumba de Luis IX, «y decía que el rey de Inglaterra había sido más buen hombre.» (*Histories de la France*, XX, 150.)

(2) Sobre el texto de las «Enseñanzas» de San Luis, véase la controversia entre MM. de Wailly y Violet en la *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 1874. Consúltese á H. Wallón, obra citada, II, 446.

El rasgo más pronunciado del carácter de Luis IX era la intensidad de sus preocupaciones religiosas y morales. Toda su vida buscó concienzudamente la verdad y la justicia, con el propósito de conformar á las mismas sus creencias y sus actos.

Sus creencias religiosas eran hasta cierto punto reflexivas. Todo el mundo, á su alrededor, observaba que en cuestión de ejercicios espirituales prefería aún, á la observancia de los ritos, los sermones, la lectura de los textos sagrados, las conversaciones teológicas. «El rey, escribe el confesor de la reina Margarita, oía de buena gana y muy á menudo la palabra de Dios; cuando hacía alguna excursión á caballo, si había alguna abadía cerca del camino, se desviaba para ir allí y hacía predicar al cabildo, estando él sentado sobre la paja y los monjes en sus sillas de coro (3).» A su regreso de la Tierra Santa, mientras estaba en Hyères, en Provenza, acertó á pasar por allí un monje cordelero, orador popular, que se llamaba hermano Hugo. El rey le pidió un sermón. Pero este hermano Hugo no era cortesano, y empezó rudamente en estos términos: «Señores, veo demasiados frailes en la corte del rey, en su compañía, que no deberían estar; yo el primero...» Sin embargo, habló tan bien, que Joinville incitó á su señor para que retuviera á su lado á ese atrevido consejero. Pero el rey me dijo que ya se lo había rogado y que el hermano Hugo no quería consentir. Entonces el rey me cogió de la mano y me dijo: «Vamos á rogárselo otra vez.»

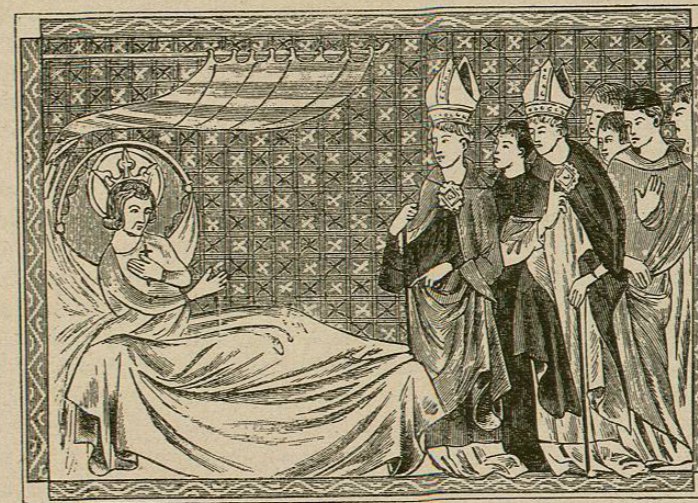
No solamente le gustaban los sermones y quería que gustaran á los demás, sino que era inteligente en ellos y sabía distinguir los buenos de los malos. Para un laico, Luis IX fué muy versado en la Escritura y en la antigua literatura cristiana. «Cada día, después de completas, entraba en su cuarto; allí había encendida una vela de unos tres pies de largo aproximadamente, y tanto como la vela duraba, leía la Biblia ó algún otro libro santo.» Asombrado, en Oriente, de la riqueza de las bibliotecas sarracenas, formó una en París, en el tesoro de su capilla, generosamente abierta á sus amigos, en la que se reunieron sobre todo «las obras originales de Agustín, de Ambrosio, de Jerónimo y de Gregorio, y de los demás doctores ortodoxos,» porque leía de mejor gana «en los libros auténticos de los santos que en los de los maestros de nuestros días.» Su ciencia sagrada, así bebida en las mismas fuentes, hasta le permitía confundir alguna vez la arrogante erudición escolástica. «Un clérigo sabio, cuenta Roberto de Sorbón, predicaba delante del rey de Francia. Vino á decir lo siguiente: «Todos los apóstoles, en el momento de la Pasión, abandonaron á Cristo, y la fe se extinguió en los corazones; solamente la Virgen María la conservó. En memoria de lo cual, en la semana de la Penitencia, en los maitines, se apagan todas las luces, excepto una,

(3) «En ocasión en yo que visitaba á los frailes de Auxerre, dice Salimbene en sus Memorias, llegó el rey muy temprano, un domingo, para solicitar el sufragio de los monjes. No había llevado consigo más que á sus tres hermanos y algunos servidores que guardaban los caballos. Habiendo doblado la rodilla y hecho reverencia delante del altar, los hermanos del rey buscaban bancos para sentarse; pero el rey se sentó en tierra, sobre el polvo, porque la iglesia no tenía pavimento. Nos llamó diciendo: «Escuchadme, bondadosos hermanos míos,» y formamos círculo á su alrededor.»

reservada para volver á encender las demás en la Pascua.» Un eclesiástico, de un rango eminente, se levantó entonces para reprender al orador y para inducirle á no afirmar más que aquello que estaba escrito: los apóstoles, según él, habían abandonado á Jesucristo de cuerpo, pero no de corazón. El clérigo iba á verse obligado á retractarse públicamente, cuando el rey, levantándose á su vez, intervino: «La proposición no es falsa, dijo; está en los Santos Padres; traedme el libro de San Agustín.» Se cumplió la orden, y el rey mostró un pasaje de los comentarios sobre el Evangelio de San Juan, en el que, efectivamente, el ilustre doctor se expresa así: *Fugerunt, relicto eo corde et corpore...* Tales

de él había salido victorioso y, aunque asegurado del triunfo, no quería someterse á nuevas probaturas. Le gustaba oír á aquellos que justificaban la fe, no á aquellos que la atacaban.

De las discusiones de los cristianos con los rabinos judíos, que tanto complacían á los doctores del siglo XIII, no se mostraba partidario, sobre todo con respecto á los laicos, que corrían el riesgo de hacerse derrotar por los dialécticos de la sinagoga. «Me contó, dice Joinville, una gran controversia entre clérigos y judíos en el monasterio de Cluni. Un caballero, huésped del monasterio, se levantó y preguntó al más gran maestro de los judíos si creía que la Virgen María era Madre de Dios.



San Luis enfermo. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

eran sus aficiones de apologética, que, en compañía de las personas graves y ortodoxas, Luis hablaba de la fe hasta en la mesa; así invitaba á menudo á compartir sus comidas á «religiosos, ó bien hasta á seculares, con los cuales pudiese hablar de Dios; y por esto no comía á menudo con sus barones.»

Que Luis IX estuvo algunas veces atormentado por las antinomias que existen entre la razón y la fe, es cosa cierta. Según el testimonio de Joinville, se esforzaba con todo su poder en «hacer creer muy firmemente» á sus barones y en ponerles en guardia contra esas tentaciones del *enemigo* (evitaba nombrar al diablo) que á veces son causa de que se dude. ¡El diablo es tan sutil! Es preciso decirle: «Vete, tú no me tentarás para que yo no crea firmemente todos los artículos de la fe; tú puedes cortarme en pedazos: yo quiero vivir y morir en este estado.» Sin embargo, ¿por qué se ha de creer? Acerca de esto, el rey preguntó un día á Joinville cómo se llamaba su padre. El senescal respondió: «Simón.— ¿Y cómo lo sabéis?» Yo le dije que creía estar seguro de ello porque mi madre me lo había atestiguado. Entonces él me dijo: «Siendo así, debéis creer firmemente todos los artículos de la fe que los apóstoles atestiguan, como los oís cantar los domingos en el *Credo*.» Según se ve, la crítica del buen rey no era muy vigorosa; sin embargo, se había despertado. ¿No decía él con insistencia que había más mérito en creer cuando se duda, que en creer tranquilamente como una bestia, sin combate? El mismo había sostenido ese combate;

El judío respondió que no lo creía. «Entonces estáis loco, respondió el caballero, de haber venido á casa de la Santa Virgen sin creer en ella y sin amarla.» Y derribó al judío de un garrotazo en la cabeza. Así terminó la controversia... «Y yo os digo, añadía el rey, que nadie á menos de ser muy buen clérigo debe discutir con esa gente; el laico, cuando oye hablar mal de la ley cristiana, no debe defenderla más que con la espada, la cual debe hundir en el vientre tanto como pueda penetrar.»

Luis IX se sentía infinitamente más á sus anchas en el terreno de la moral que en el de los fundamentos históricos y racionales de los dogmas. Desde muy temprano había tenido el gusto de moralizar. Atacado en Pontoise de una fiebre maligna, cuando era joven, y creyendo que iba á morir, llamó á sus familiares y les amonestó para que sirvieran á Dios. «Cuando estaba en su cuarto con su mesnada (sus servidores), explica el confesor, decía palabras santas y discretas y refería hermosas narraciones para edificar á aquellos que conversaban con él.» «Antes de acostarse, dice Joinville, hacía comparecer á sus hijos y les recordaba los hechos de los buenos reyes y de los buenos emperadores, y les decía que de ellos tomaran ejemplo; les contaba también los hechos de los ricos malvados que por su lujuria y por sus rapiñas y por su avaricia habían perdido sus reinos.» Durante la expedición de Egipto y de Siria había hecho de Joinville uno de sus catecúmenos. Sin embargo, no le hablaba de buena gana acerca de las cosas de la fe, porque le espantaba el «sentido sutil,» es